

DISCURSO ACADÉMICO

Festividad de san Isidoro de Sevilla y san Francisco de Sales

Facultad de Humanidades y C.C. de la Comunicación

24 de abril del 2015

Cuando suena el despertador existen dos formas de afrontar la jornada. Una es lamentarse porque la consciencia nos devuelve a la rutina diaria, las obligaciones, el estrés...; la otra, en cambio, supone considerar el nuevo día como un regalo aún sin abrir. De la elección de una u otra dependerá, en gran medida, nuestra actitud vital.

Aquel que, cada mañana, se sitúa ante la realidad y se deja sorprender por ella, descubre que la vida es apasionante. La luz, los colores, la temperatura, la posibilidad de conocimiento o las relaciones personales se presentan entonces como algo nuevo, y siempre a la espera de ser estrenado. Esta capacidad de asombro es, sin duda, la que impulsa al hombre a salir de sí y a enfrentarse con el mundo que lo rodea. Sólo así es posible el conocimiento. Así lo experimentaron los presocráticos cuando, dejando de lado la elucubración mitológica, apostaron por una explicación racional del origen del Cosmos.

Hoy, como entonces, deseamos por naturaleza saber. Y, al igual que en el s. VI a. C., no nos satisface cualquier respuesta: buscamos la verdad. José Ortega y Gasset afirmaba que «la verdad es lo único que esencialmente necesita el hombre, su única necesidad incondicional». Por eso un buen día traspasamos la entrada principal de la Universidad, para encontrarnos cara a cara con ella. El estudio de cualquier materia implica necesariamente el contacto con una verdad parcial, que a su vez, forma parte de la Verdad total y objetiva.

Además, el estudio de la realidad implica un placer intelectual, porque donde hay verdad también se dan los otros transcendentales: la bondad, la unidad y la belleza.

Por eso, el que ha gustado de este placer reconoce en ello su paga. Si la recompensa del amar es el haber amado; la del estudiar es haber estudiado. De esta forma el que estudia cumple con la perfección que le es propia. Aquel que durante años se ha dedicado a leer sobre un tema, a recopilar varias fuentes, a profundizar en un sistema de pensamiento... y finalmente no publica un libro, artículo, reseña o similar puede morir tranquilo: ha hecho uso de sus facultades y potenciado su personalidad, no precisa de un artefacto que refrende su labor. Entonces, alguien podría pensar ¿acaso es un delito que mi trabajo sea

reconocido públicamente? No, claro que no. Realmente es una satisfacción. Ahora bien, no debería ser la motivación última de nuestro estudio.

El planteamiento quizá resulte revolucionario: vivir personalmente, también lo es.

Sin embargo, no es enfrascado en el meollo de la investigación cuando más se disfruta, sino cuando el fruto de esta se comunica. Aquel que ha sido cautivado por la verdad, desea que el otro también se encuentre con ella. Algo así le sucede al protagonista del Mito de la Caverna, que una vez vislumbrado el Sol, necesita descender a las sombras para mostrarle a sus compañeros que están viviendo en la apariencia. Luego, el estudio aparte de enriquecernos individualmente, nos ofrece la posibilidad de establecer una relación personal.

En primer lugar, entramos en relación con el autor de la materia, pues no estudiamos a muertos, sino a hombres y mujeres reales circunscritos en un contexto histórico y personal determinado.

En segundo lugar, lo hacemos con el maestro que suscita en nosotros la pregunta por la realidad. Y, –abriendo un paréntesis– ¡qué necesaria es vuestra labor, docentes! San Isidoro de Sevilla ya era consciente de esto en su época. Tenía por costumbre reunir una vez al día a sus monjes para tratar de cosas espirituales. En concreto solían leer algunos párrafos de un libro y luego, o bien el abad o un anciano asignado por el santo, trataba de resolver las dudas del resto. A propósito de esta práctica, san Isidoro afirmaba: «Mejor es conferenciar que leer, porque si la lectura es útil para la instrucción, seguida de la conferencia penetra más profundamente en el alma».

En tercer lugar, entramos en relación con nuestros compañeros junto a los cuales buscamos respuestas a un mismo anhelo de conocimiento. El santo sevillano ya hacía notar a sus monjes que la colación enseñaba mucho: las preguntas de los otros ayudan a deshacer falsas interpretaciones y, con las debidas objeciones del maestro, la verdad aparece en toda su belleza. Por eso, cada vez que uno de nosotros hemos planteado una cuestión, le hemos abierto un horizonte de posibilidades al otro, de forma que sin mis compañeros, estos cuatro años no hubiesen sido lo mismo.

Por último, establecemos un contacto con el auditorio al que nos dirigimos, pues al fin y al cabo estudiamos para comunicar. Aquel que ha adquirido unos conocimientos de

forma gratuita, debería plantearse cómo transmitírselos a esas personas que no tienen ni la posibilidad, ni el tiempo, ni las capacidades personales para estudiar aquello en lo que uno ya ha profundizado. Y esto puede hacerse de mil maneras: desde compartir un reportaje interesante, hasta ser comunicante en un congreso o desgastar la vida en una vocación como la enseñanza.

Al final lo que realmente importa no es almacenar información, sino desarrollarse como persona. No estudio para ser el más docto, pues según san Francisco de Sales, patrón de los periodistas «la ciencia nos deshonra cuando nos hincha y degenera en pedantería». Tampoco estudio para obtener la mejor nota o el mejor puesto. Estudio para edificarme, —y esto es para san Bernardo sabiduría—; pero sobre todo para edificar a los otros, —y esto es aún más sublime: es caridad. Don José Rivera, sacerdote toledano y siervo de Dios, decía: «un hombre de verdad no escribe sobre algo, sino para alguien; escribe para expresarse a sí mismo o para comunicarse». Por eso ahora mismo, qué más da el tema del que estemos tratando: si me estoy comunicando, si ustedes se comunican cuando ejercen la docencia, si tú te comunicas cuando expones en clase, ya estamos logrando nuestro desarrollo personal. La verdad es un bien en sí misma y, por tanto, tiene la necesidad de ser difundida, comunicada. Al igual que la luz de un cirio no se pierde —sino que ilumina más— cuanto más se diversifica en pequeñas velas; así es la verdad, cuando aquello que yo he investigado, lo público para la edificación de los demás. A final, la pedagogía que tiene en cuenta al otro es la realmente valiosa. Y cualquier otro planteamiento resulta mediocre.

Que esto no está a la orden del día, ya lo sabemos. Pero ¿acaso no se puede aspirar a ello? Una facultad como la nuestra —cuyos pilares son las Humanidades y la Comunicación— posee de suyo todos los medios necesarios, sólo hay que ponerse manos a la obra. Y desde luego, parece un tarea apasionante para profesores y alumnos: porque crecer como persona siempre es apasionante.

No obstante, esta tarea no es sólo para la etapa universitaria, ni muchísimo menos. Es para toda la vida. Por ello, ahora que se acerca el final, quería agradecer a mi familia, a mi director espiritual, a mis maestros, compañeros y amigos, a la gente de Pastoral, y a todos los que con su entusiasmo por aprender, sus preguntas, su ejemplo o su modo radical de vivir la vocación, me han ayudado a crecer como persona y me han acercado a la fuente de la personalidad, que no es otra que las Personas Divinas. Muchas gracias.